

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

# **“Infravivencias” del pasado reciente en la Argentina post-dictadura. Desagenciamiento, epifanía y narrativa.**

Lavagnino, Nicolás.

Cita:

Lavagnino, Nicolás (2009). *“Infravivencias” del pasado reciente en la Argentina post-dictadura. Desagenciamiento, epifanía y narrativa. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1224>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## «Infravivencias» del pasado reciente en la Argentina post-dictadura.

### Desagenciamiento, epifanía y narratividad

Nicolás Lavagnino

*También se le ocurrió que los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota.*

(Jorge Luis Borges, “El evangelio según San Marcos”<sup>1</sup>)

I-

¿De qué modos nos damos los unos a los otros las palabras? ¿De qué manera circulan? ¿A qué nos comprometemos por medio de ellas? Y cuando las palabras apuntan en dirección al pasado ¿qué sombras nos devuelven, qué luces nos permiten avizorar?

Usamos el lenguaje como usamos el pasado, para devenir con otros. No es por lo tanto el lenguaje -ni el pasado-, un ámbito, un recinto cerrado, apartado de todo lo demás, en el que podemos, súbitamente perdernos o hallarnos. Es una práctica, un modo de circulación, un patrón de interacción, por medio del cual anudamos constelaciones de compromisos, creencias, vivencias. No es la única práctica, el único modo, desde ya. La circulación verbal es parte de un conjunto de modos de interacción más amplio aún, que abarca también lo no verbal. Aunque cada modo tiene sus peculiaridades, no es menester comprometerse aquí con falsas dicotomías o con presuntos criterios de determinación. Los modos se potencian, se afectan, se inter-constituyen. El resultado es una rica variedad de problemas, de prácticas, que exige el reconocimiento de las diferencias y los parecidos entre ellas, con miras a reconocer las peculiaridades de cada uso.

El pasado es un aspecto relevante de la práctica verbal. Es un ámbito donde pueden ponerse a prueba muchos compromisos que afectan, constituyen o definen la manera en la que se da la interacción en el presente y la imaginación del futuro. Lo que alguien interesado en este aspecto de la práctica verbal podría hacer es identificar, explicitar, los compromisos relativos a las palabras empleadas para tratar con el pasado común; de qué manera nos damos las palabras cuando hablamos del pasado, de que manera se constituye un lenguaje histórico, un discurso que, como toda expresión

---

<sup>1</sup> J.L.Borges, “El evangelio según San Marcos”, en *El informe de Brodie*, Emecé, Buenos Aires, 1970.

verbal, es mucho más que un mero referirse a un objeto de estudio bajo protocolos disciplinares. El pasado en común exige un discurso en común, un ámbito público donde circular, la constitución de un campo de fuerzas donde las distintas versiones de aquel confrontan, se interpenetran, se agreden, se mixturán, se suceden. No todo discurso talla en ese ámbito, no todo lenguaje se propone con una finalidad eminentemente ritual, en el sentido de incidir en la interacción recurrente de un determinado estado u orden social.

Lo que me interesa, entonces, es el discurso público referido al pasado, *nuestro* pasado, en particular aquel que suscita mayores inconvenientes a la hora de su apropiación y desarrollo imaginativo. Nuestro doloroso pasado reciente. Lo que me interesa es el modo en que ese discurso se produce y reproduce, y aquello que es revelado por medio de él. Nuestra relación con las creencias que desplegamos en torno al pasado y aquello que ellas nos habilitan, considerándolas desde el punto de vista de aquello a lo que nos comprometen. Creo que los compromisos, en particular, resultan especialmente visibles –y nos dejan expuestos a los efectos visibles de los mismos- en el caso del tratamiento de dos procesos singularmente sinuosos de nuestra historia reciente: la guerra de Malvinas y la experiencia concentracionaria.

## II-

En los últimos años una rica bibliografía se ha encargado de analizar la construcción del discurso público referido a Malvinas. Lo que resaltan esos análisis, entre ellos los de Rosana Guber, Federico Lorenz y Vicente Palermo, es la existencia de una problemática transida por la cristalización de posiciones y puntos de vista, los cuales suelen conducir a la parálisis interpretativa y propositiva. Se puede aquí enfocar tres casos distintos de rigidización verbal.

En primer lugar es habitual enfocar Malvinas desde la perspectiva de la espiral de violencia que abarcó la historia Argentina desde mediados del siglo XX y que alcanzó su epítome en la dictadura genocida de 1976-1983. Un ejemplo es el clásico de Verbitsky, *Malvinas: la última batalla de la tercera guerra mundial*, y con él la mayor parte de la bibliografía que sitúa a Malvinas como el último o anteúltimo acto de una historia que, mayormente, transcurre en otro lugar. Esta lectura podría denominarse “Farsa menor”, donde Malvinas se inserta dentro de un relato más vasto, con otro centro de gravitación, en el cual cumple el papel de extremo grotesco, de muestrario de la miseria de un régimen, como límite pesadillesco a un sueño eléctrico: la creciente carga

voltaica de cada vez más amplios sectores de la sociedad argentina, la activación más vasta de un campo social que amenazaba con modificarlo todo, al parecer solo podía ser desactivada con una pesadilla eléctrica de picanas y oscuridades programadas y con una mecánica del fuego que terminara auto-consumiéndose en algún lejano paraje. Una vez hecho esto, el espacio social aparecería lo suficientemente descargado como para volver a empezar, pero desde otro lado.

Otro enfoque ha intentado mostrar el lugar de Malvinas como signo de un nacionalismo incompleto o como manifestación de un destino imperial trunco. La mayor parte de la literatura “militarista”, que reivindica “la gesta”, cuando no “el régimen”, persigue recurrentemente imágenes que apelan a la potencialidad, la frustración, debida a la traición, y la consiguiente decadencia de un destino identitario escrito en letras firmes pero sobre páginas endebles. Podría llamarse a esto “Vulgata Heroica”, y es representada mayormente en el discurso institucional de las Fuerzas Armadas, cada 2 de abril. La incapacidad del ser de realizarse, producto de alguna fatalidad de origen, el cumplimiento inevitable de una caída que revela al coloso derrumbado por el orden de las cosas, un orden respecto del cual aquel que cae se representa moralmente superior, son todas marcas de un designio romántico-trágico en el cual sus figuras centrales cumplen un papel de ídolos wagnerianos, sumiendo a los demás en la marejada de la incompletud y de la culpa.

Por último ha intentado mostrarse cómo, con independencia de los esperpentos contextuales de la aventura bélica, hombres comunes, chicos, inocentes, atravesaron condiciones extremadamente adversas. Los ejemplos son los relatos de los sobrevivientes y las historias sobre “chicos de la guerra” típicos a partir de las películas de Bebe Kamín y Tristán Bauer. La indagación en torno al tránsito doloroso de la inocencia a la experiencia es el eje de esta visión, cuyo fuerte reside, sin embargo, en la legitimidad de origen vivencial que orienta el relato. Llamemos a esto, pues, “Testimonio lacrado”<sup>2</sup>. El detalle de aquella travesía termina convirtiéndose en el plano central hacia el cual puede enfocarse la atención. Todo lo demás se nos escapa. El contraste entre aquel heroísmo y el olvido que sucedió a aquella gesta es demasiado brutal y demasiado explícito como para siquiera requerir una explicación. La elipsis

---

<sup>2</sup> En esta vena, aunque como excepción notable en cuanto a sus intenciones, o quizás como reversión críptica de este modelo encontramos el excelente *Partes de Guerra*, de Graciela Speranza y Fernando Cittadini.

funciona mostrándonos como sociedad en toda nuestra miseria y elevando al testimonio a un grado de irrefutabilidad que no exige mayores comentarios.

En el primer caso, Malvinas como parte de una *Farsa menor* inserta en el marco de una historia mayor es una mascarada anti-climática, un fraude que se superpone a crímenes abyectos y preanuncia la descomposición de un estado de cosas. Es, también, una anticipación de una ulterior recomposición, que exige en el cambio de estado, una víctima propiciatoria, una figura sacrificial, un *pharmakos* o chivo expiatorio (“los chicos”), que desde la inocencia compensen dramáticamente la experiencia maligna anterior provocada por personajes patéticos como generales alcohólicos, marinos cobardes y economistas entregadores, y habiliten simbólicamente la recuperación por venir. Y Malvinas es, aquí, un episodio menor en la trama mayor de la pasión y liquidación argentina del siglo XX. Nuestro pasado es, de este modo, un recorrido que configura una historia como calvario inútil, una obsesión consumida a sí misma, una ofrenda a la nada. Todo ese pasado debe perderse, ahora, en la medida que del absurdo militar se pasa a una recuperación democrática, una primavera para una sociedad en conjunto nuevamente inocente, para cuya gloria se configura este primer poema. Como pasión fútil no hay promesas en el pasado. Como tierra yerma exige, también, distancia. El pasado invoca una purga, un distanciamiento, una negación de las anteriores identificaciones.

En el segundo caso, Malvinas como *Vulgata Heroica*, es una proyección de un panorama social idealizado y, a la vez, una potente condena política que proyecta valoraciones propias de sectores en decadencia. La creciente excentricidad argentina es el resultado directo de la decadencia de la hegemonía de aquellos sectores que, supuestamente, podrían haber conducido a la Nación a la manifestación más plena de sus potencialidades. La incompletud se revela en el fracaso del proyecto de nación, paradigmáticamente el de Alberdi, y ese fracaso encierra, a la vez, un tremendo éxito en la legitimación postrera de valores sociales en retirada. Una minoría otrora poderosa mantiene aún en su puño un vector de palabras con ascendencia sobre el ámbito público en el que circula. Esa corriente de sentidos exige no el distanciamiento, sino la identificación, la fusión sentimental en torno a lo perdido. Así, este segundo poema constituye una llamarada recordatoria de la potestad de una voluntad trunca, una visión somera de un héroe situado, a destiempo, que nos invoca para presenciar su próxima ausencia.

Por último, cuando Malvinas llega hasta nosotros como un *Testimonio lacrado*, la palabra en torno al pasado se convierte en una plenitud inconducente, que no permite más que la apreciación de su propia nulidad. Ni sacrificio compensatorio, ni heroísmo situado, lo que vemos aquí es cómo el absurdo militar conlleva la ruina de vidas jóvenes impávidas e inermes. No se trata de una elucubración ético-política, como en los otros dos casos, sino de sustraer al pasado del ámbito público, convirtiendo a los sujetos, en el presente, en meros canales conductores, mediaciones huecas entre un pasado-en-sí-mismo y una expresión presente que es siempre individual. Un pasado puro, en el presente, que pierde su aspecto social, y deja de ser un proceso y se convierte en un objeto, categorialmente inaccesible.

### III-

Pretendo tratar con las tres cristalizaciones antes mencionadas, a partir de un juego de panorámicas motorizado por preguntas, con miras a extraer la constelación de compromisos que se anudan en estas condensaciones incómodas.

En primer lugar me interesa la relación de las palabras con lo no verbal, con lo invocado por ellas, es decir, el status conferido a los símbolos en el interjuego entre lenguaje y realidad. Esto es, qué política de la representación persigue el símbolo propuesto, qué relación se establece con la creencia, qué efectividad se le concede. El espectro variable de posibilidades va desde el sueño de la identificación y fusión extática, una epifanía en la forma de una absorción y participación constitutiva (*mimesis como méthexis*), por un lado, hasta el distanciamiento, el extrañamiento catártico que supone un orden categorial y ontológicamente apartado de aquello que representa (*mimesis como imitatio*), *techné* desapegada, por el otro. Es decir me interesa responder a la siguiente pregunta:

1- *¿qué actitud propone un uso lingüístico, a qué relación con la creencia predispone?*

En segundo lugar me preocupa la relación de las palabras con el espacio de interacción y circulación, con la estructura o relieve de lo social y con la manera en la que habilita ideas o nociones de sujeto, o mejor aún de agencia -función verbal destinada a dar cuenta de la capacidad o potencial de intervención de una entidad, su modalidad de afectar una red de interacciones caracterizada por una recurrencia precedente-, y de manera vinculante con esa visión, la idea misma de tránsito social, de

trayectoria en el cambio y continuidad del patrón mismo de interacciones, en la cual el desarreglo esencial es el de la relación entre el individuo y la comunidad, entre el criterio de identidad y el de pertenencia, entre el agente y la red recurrente en la que se inserta y a la que constituye, la negociación que establecen en pos de la continuidad de la interacción. Es decir, lo que me interesa es lo siguiente:

2- *¿qué idea brinda un uso lingüístico de la posibilidad de intervención en lo social y del tránsito mismo de lo social?*

Por último me interesa la relación de las palabras con otras palabras previas, la formación de tradiciones y convenciones discursivas, linajes narrativos inaugurados por identificaciones imprevistas, sonoridades vibrantes, que se extienden inicialmente hasta canonizarse, estancarse y, a partir de allí, dar lugar a una tipología de reacciones ante la tradición, que encuentran como extremos la noción de cristalización sancionada por mandato (ya sea ético político o en la forma de una suerte de límite postulado a toda cognición) o la ruptura por medio de un doble paso (negación-nueva identificación imprevista). Es decir:

3- *¿Qué espacio habilita un uso lingüístico de cara a los próximos usos lingüísticos, y qué relación establece con los anteriores, en particular en las narraciones de nuestro pasado reciente?*

IV-

Comencemos por la Vulgata Heroica. Respecto de 1- (un eje que va, digamos, de la absorción extática al distanciamiento irónico) propone una fusión sentimental altamente ritualizada con una visión del pasado, en la forma de una idealización que, por contraste, sugiere una mirada revulsiva respecto del orden presente. Se trata de una perspectiva conservadora, obsesionada por un cuerpo de identificaciones primarias en la cadena de las significaciones, que apunta a destruir las posteriores extensiones que han comprometido aquellos hitos inaugurales. Quien propone la fusión se siente amenazado. El amenazado se identifica con el héroe. El héroe, tras un comienzo prometedor, unas primeras pruebas cumplidas, es traicionado. El traidor (antano) domina (hoy). El héroe se desvanece. La fechoría clama una reparación. La fechoría es gratuita, inmotivada. La fechoría determina la precariedad del dominio del traidor. La precariedad sugiere inminencia en la reversión de la infamia. La inminencia reclama acción. El alma del héroe despedazado traicioneramente persiste de manera simbólica y fragmentada en el

cuerpo compuesto por el público del relato, el sujeto postulado de la acción futura. La clave de la misma reside en la participación vívida (*méthexis*), sentimental antes que conceptual, en esa alma latente entrevista en el cuerpo presente, esa comunidad que es como-una-unidad. Lo que pide el relato en esa fusión es un retorno a la inocencia, una purificación por sublimación, una purga por proximidad, una reinención futura de un pasado imposible bajo el predominio moral de un agente hoy trunco por un orden social de carácter reprobable.

Respecto de 2- (el par agenciamiento-desagenciamiento a la luz del tránsito y la reproducción social) la Vulgata propone un sistema de irrealización, un marco de caída ritual cuya finalidad no es tanto dar una visión de lo social como enfatizar la identidad del héroe de manera que, en su perdición, proyecte valores que constituyen la sustancia de la emisión lingüística misma. La visión romántico trágica que anida en el mandato heroico expresa, pues, dos cosas: el predominio fáctico del requisito de continuidad impersonal de la interacción social (tragedia), y la superación de esa facticidad a través del aura moralmente esplendoroso de la resistencia identitaria del héroe contra la solidaridad mecánica anónima (romanticismo de la identidad). Que la sociedad se reproduzca en medio de la ignominia es un dato menor, de cara a lo evidente: los crímenes y las traiciones no serán olvidados. La obsesión identitaria, la decadencia, la caída ritual, la completud efímera y la idealización constituyen el marco de una mitología centrada en la sacralización de lo perdido por medio de una afirmación de identidad excluyente en una sociedad que bajo esta perspectiva se pierde de vista.

De cara a 3- esta Vulgata propone una cristalización nostálgica conservadora que clama por una suspensión en la configuración verbal del pasado, en la narración del pasado, ya que anhela la recurrencia en la idealización de la caída tematizada, simplemente porque los valores que proyecta son siempre los mismos. La recurrencia exige, entonces, un *respeto*, un límite ético que impida la manifestación de lo evidente: la memoria de los idos se pierde y la sociedad reinicia el palabrerío para dar cuenta del ritmo de una interacción que nunca cesa. La sumisión fiel al pasado y la antipatía a la variación futura no son nunca más que promesas de callejones sin sentido.

Por su parte la Farsa Menor es casi un inverso de la Vulgata en cuanto a estos tres tópicos: en vez de una fusión con la simbología de un pasado idealizado, se propone una purga catártica, una negación “realista” que pueda alejarse críticamente de tanta idealización y proyección decadentista. La Farsa toma entonces el camino de la



negación de las identificaciones inaugurales, de la des-sentimentalización de un pasado atravesado por pasiones inútiles, del extrañamiento, y de la contemplación a distancia, el pasado en bloque. El símbolo es, más que nunca, un registro en paralelo, una imitación de una ontología perdida.

Si para 1- tiene distancia, la Farsa Menor imagina, de cara a 2-, un universo de agentes fatuos, despedazados por el gran mecanismo impersonal de la historia, que elimina sus protuberancias y salientes inútiles. La sociedad procede por ajustes mecánicos, homeostáticos, y de las ruinas del palacio de la voluntad haremos lindos ranchitos. La reproducción social procede por medio de pautas impersonales, sugiriendo y enseñando un desdén cauteloso ante la agitación imprudente, postulando mejor la apropositividad de lo social, bajo el espectro del desangenciamiento.

El futuro de las palabras (3-) en esta tradición, es la invención del realismo, del análisis de caso, de la recurrencia a la experiencia, al testimonio como fundamento que ponga fin a tanta idealización, inocencia fingida, encontrando en su fundamentación también un límite epistémico. A la vaga abstracción se le opone el contexto. La Farsa Menor se reconstituye en el último acto en una visión irónica de la democracia encontrada involuntariamente, una reivindicación del triunfo de la interacción y la continuidad societaria por sobre las manías del sujeto y las fantasías de intervenciones, agencias y propositividades “absurdas”. Los *mythos*, las tramas del tiempo social apuntan ya no en la dirección de la excepcionalidad del héroe en una sociedad desintegrada, como en la Vulgata romántica, sino en la de un orden social que prospera sin necesidad de subjetividad alguna. El triunfo del relato.

El Testimonio Lacrado es casi una mixtura involuntaria de las formas anteriores, un vástago afortunado que impugna al padre y trastorna a la madre, saliendo de caza. Sin embargo en el camino encuentra extraños signos que le sugieren respuestas más excéntricas aún de las que hemos escuchado. Frente a 1- el Testimonio insiste, “esto no es un símbolo”. Ni identidad ni distanciamiento; no hay realmente aquí dos cosas, porque *estas* no son palabras que puedan *decirse*, son un mero canal, que utiliza a un instrumento parlante –*instrumentum vocale*, servomecanismo, vicario-, el testigo, y diseña un acceso directo a una realidad pasada de todos modos inefable, una epifanía. Frente a 2- la versión insiste, aseverando que no hay aquí agentes, subjetividad, y no hay realmente aquí un tránsito, una continuidad social. Cruza de motivos, de repudio romántico de la continuidad social, propio de la Vulgata, y de repudio irónico de la subjetividad, propio de la Farsa, esta versión se comprime negando no ya la posibilidad

de una subjetividad, sino la idea misma de un orden social en el que alguien pueda ser algo. La figura del eterno “chico” de guerra, convertido en un paciente padeciente de procesos que no controla es la negación de todo estado social. Estas criaturas no han cumplido los ritos de pasaje elementales, permaneciendo en un indefinido pastoreo repleto de gemidos bobalicones. Sus palabras auguran un fin de las palabras (para 3-), no ya por límites éticos, como en la Vulgata, o por fundamentaciones epistémicas, como ocurre con la Farsa, sino porque al no haber símbolos, y no haber sociedad reconocible aquí, no es menester ir nunca más allá del recuento privatizado, tedioso, de abandonos que se sugieren por elipsis, mas no cumplen ninguna función a la hora de replantearse el espacio de la práctica social. Como forma mixta el Testimonio Lacrado resulta demasiado limitado en su inocencia como para servir de materia prima para una idealización re-agenciadora (a la manera de la Vulgata), y demasiado centrada en una noción de experiencia individual como para remitir a una consideración “realista” de los mecanismos de reproducción social (como lo hace la Farsa).

En conjunto las tres estrategias nos proveen marcos interpretativos que, sucesivamente, nos proponen agenciamientos extáticos des-socializadores (Vulgata), homeostasis sociales distanciadas sin subjetividad (Farsa) y, finalmente, epifanías individuales que conducen a la anulación y al silencio de las últimas palabras (Testimonio).

Así las cosas no es extraño que, de tanto en tanto, nos quedemos pasmados ante tanto pasado.

V-

Malvinas nos provee una Vulgata Heroica, una visión farsesca de un pasado terrible, una huida intimista. ¿Están realmente allí? ¿O son, simplemente, los modelos narrativos a mano para lidiar con el relieve del pasado en nuestras manos? Mi hipótesis es que estos cantos de heroísmo, inocencia y traición, de futilidad, hastío y distancia, son figuras rituales del discurso público referido al pasado. Figuras que conforman una matriz recurrente que nos permite no sólo comprender nuestras figuraciones predilectas del pasado, sino el modo que tenemos de relacionarnos con nuestras creencias (1-), concebir lo social y nuestra intervención en ese ámbito (2-) y considerar nuestros aportes cognitivos e imaginativos a la luz de lo que se dijo y lo que se dirá (3-).

Malvinas, hasta aquí, ha sido una excusa, un campo de prueba para explorar nuestros modelos de pensar las palabras que nos damos de cara al pasado en común. En

paralelo, Ana María Longoni y Pilar Calveiro han rastreado las figuras habituales en los relatos que hablan de la experiencia concentracionaria bajo la última dictadura militar y las actitudes disímiles que se puede tener de cara a una experiencia concebida, una vez más, como límite. Y a poco recorrer sus páginas, tanto como las de Hugo Vezzetti, Oscar Terán, Horacio Tarcus o Beatriz Sarlo, nos encontramos allí invocando las mismas entidades discursivas, los mismos apegos simbólicos a la tragedia, la identificación, la traición, la renuncia, o bien al distanciamiento, el aquietamiento ante la pasión inútil, la crítica al fanatismo, el reposo, el fin de la propositividad. Lo que encuentran estos pensadores originales, estos intelectuales que analizan los discursos públicos referidos al pasado de una época álgida y sobrecogedora, es lo mismo que habían encontrado Guber, Lorenz y Palermo en cierta otra época álgida y sobrecogedora a su manera. ¿Será acaso la misma época? Ciertamente. Pero el rastreo del linaje de esas figuras discursivas se extiende y abarca un tránsito social demasiado extenso como para resolver de ese modo nuestra pregunta. La configuración de nuestro pasado se repite en la apelación al mismo manual de procedimientos. Moreno fue nuestro primer desaparecido. Rosas nuestro primer Perón. Mitre el primer tribuno de una plebe que llegó 60 años después.

¿O será que aplicamos una y otra vez el mismo modelo, la misma terca matriz, que nos convierte a Castelli en un Chacho Peñaloza cualquiera, de esos que Echeverría soñó cuando creía que era John William Cooke? Todos ellos *malditos*, marginales en el centro de nuestra historia. Mitre fusilando a Dorrego en un basural de José León Suárez, Astiz huyendo miserablemente ante las Invasiones Inglesas, Dardo Cabo resistiendo en Vuelta de Obligado, mientras Sarmiento, ese adelantado a su tiempo, renegocia contratos petroleros y recibe en secreto al Che Guevara, todos ellos han hecho de nuestra historia un gigantesco espacio para probarnos en nuestras creencias, nuestra imaginación de lo social, nuestra conversación con nosotros mismos a lo largo del tiempo.

La literatura sobre Desaparecidos, los relatos de la experiencia concentracionaria en la ESMA y otros centros de detención tiene también sus cristalizaciones, sus lugares comunes, centrados en polos interpretativos que se asocian con figuras recurrentes:

- 1- La derrota del romanticismo de la voluntad (neo-Vulgata), su *pasión* y su *calvario*, llevan a una identificación con las experiencias y los fracasos del pasado, una unción sentimental que no admite distanciamientos y que insiste con su terca pelea identitaria en el marco de un fluir social que diluye aquel

relato con palabras y paladas de olvido e indiferencia; que exige la condena de la actualidad de lo social, de la facticidad bruta que ha arrastrado tanta subjetividad; que exige también detener la conversación, evitar la continuidad de la figuración, para mejor reiterar el *mantra* de un homenaje ritual. Un héroe se crucifica en el Gólgota. Este país es el país de la Dictadura, pero *Ellos* no murieron en vano.

- 2- Una sátira con dos demonios inaugura la visión distanciada, una apuesta por una gran Historia que haga ver al siglo XX en la Argentina como una Odisea de búsquedas desfallecientes que culmina al final con el paso de Itaka a Itaca, allí donde una Penélope paciente culmina al final su *Informe para ciegos* y nos devuelve la República Perdida. La muerte inmotivada se llevó a Dagmar Hagelin y la Noche de los Lápices nos retrotrae a un día de pasiones menores, en el cual podemos al fin hacer catarsis, negar aquellas identificaciones alocadas, aspirando mejor a un realismo sensato acerca de lo social.
- 3- No tenemos sobrevivencia valorada de aquella experiencia, siempre amenazada por el halo de la traición, el estigma de la impudicia, el regateo existencial, el *staff* y el *mini-staff*, el síndrome de Estocolmo y el fantasma del Negro Quieto. Con suerte admitimos una suerte de «infravivencia» para los quebrados, una especie de recinto testimonial donde el pasado se privatiza nuevamente, en la forma de un rescate emocional de naderías que nos impide ver el talante de la apuesta social, la subjetividad insurgente, pero que a cambio nos reconstruye un pasado que se parece sorprendentemente al presente. Mi pasado es mío, y ya murió cuando yo lo hice.

La *Pasión* y el *Calvario* militante, el *Informe para Ciegos* catártico, la *Infravivencia* privada, esos son los caminos de la reconstrucción verbal del pasado reciente. ¿En qué se parecen a la Farsa, la Vulgata, el Testimonio?

VI-

Entre la identificación extática con la creencia y el distanciamiento derogatorio, catártico, hay un ámbito extenso, lo *plasmático*, que reúne las experiencias posibles, verosímiles, pero que alientan *a la vez*, según gradaciones contingentes, el interjuego entre la creencia y lo creído, lo dicho y lo invocado al decir, la participación y la distancia crítica. Diríamos mejor que es un principio hipotético de construcción

imaginativa, de *intervención* (que puede visualizarse muy bien en la literatura) que utiliza al lenguaje como actividad ligada con el resto de las prácticas y que lo emplea como herramienta, como proceso, en la consideración de lo simbólico y lo material. Identidad y Distanciamiento son maniobras que quitan especificidad y poder de intervención a la operatoria propiamente lingüística; la desafectan de toda eficacia y productividad. El vínculo plasmático recrea esa especificidad sin crear reinos intermedios de solipsismo lingüístico ni instalar crudos determinismos reduccionistas. Sencillamente es la visión del símbolo como *praxis*, del lenguaje como interacción.

Entre la excepcionalidad heroica asocial y el orden social continuo sin subjetividad (o la negación de todo ámbito de lo social), encontramos el terreno de la negociación, la mediación entre sujeto y sociedad, entre identidad y pertenencia, negociación asimétrica que cede paso a la comedia cuando la asimetría privilegia al individuo (conciliación *in praesentia*, reproducción de lo social, visión simultánea del tránsito social exitoso y de la capacidad de intervención de los agentes), y cede paso a la tragedia pura cuando lo que prima es el tránsito comunitario (conciliación *in absentia*, pero conciliación al fin, donde el tránsito social impersonal reenvía a *nuestra* capacidad, como receptores de tal visión, de aprehender la necesidad de imponer una visión desinteresada, *justa*, de las condiciones actuales de interacción como efecto de anteriores conciliaciones asimétricas) por sobre la realización individual.

Entre la ruptura constante de la conversación en el tiempo, de las tradiciones del decir y la palabra, y la cristalización amparada bajo demandas de suspensión figurativa por mandatos de diversa índole, encontramos el terreno medio de la *revisión, extensión y modificación paradigmática* de los modos de la práctica simbólica. Entre la identificación primaria y la negación última hay un vasto abanico de modos de relacionar y articular los usos lingüísticos en el tiempo.

Pero como sociedad, nuestro modo de considerar estos puntos a la luz de los discursos pre-eminentes acerca del pasado en común ha privilegiado la consolidación de estructuras antitéticas que no pueden encontrar nunca un terreno común para interactuar en el ámbito del lenguaje, del discurso, tal como, efectivamente, lo hacen en el resto de los dominios de lo social. Nuestra sociedad nunca es plasmática, nunca recorre el terreno medio de la reproducción asimétrica (pero reproducción al fin) cómico-trágica de lo social y su consecuente visión de la agencia, nunca permite la extensión paradigmática de sus identificaciones primarias, la revisión y modificación de sus balbuceos pueriles. Pasa de la identificación a la purga, del héroe-excepcional-a-ser-

traicionado a la sociedad anónima, automática, de la inauguración recurrente, ritual, al mandato cristalizador, paralizante. Políticas de la pura metáfora y de la pura ironía, sin tránsito medio.

En suma, la inexistencia de tramos de mediación puede analizarse a partir de sus efectos:

1- No tenemos una relación mediada con nuestras creencias. Pasamos de la absorción extática al distanciamiento irónico, de la epifanía al extrañamiento, del 30 de marzo al 2 de abril y de allí al 14 de junio, siempre llenando la misma plaza con propósitos distintos, Iscariotes abrazando dioses a orillas del Gólgota, en ocasión de la Última Cena, tan solo para descubrir que el *whisky on the rocks* es el opio de los pueblos.

2- No tenemos una idea de cómo resulta posible la reproducción social, ni los modos que tenemos de intervenir en el plano de la interacción. Pasamos de la agencia heroica a la derogación impersonal, del victimismo al mecanismo, creyendo que somos una sociedad, un espacio de interacción verbal y no verbal, que se sucede en el tiempo por simple azar, una concatenación de casualidades para las cuales no hay explicación. La imagen del sujeto y del tránsito social se desdibuja, se vuelve imposible, entre extremos inasibles.

3- La conversación se interrumpe a cada rato, y se configura un espacio de trayectorias paralelas, que delinea un panorama de tribus que comercian de todo entre sí, menos palabras. Cristalización *pour soi*, ruptura *pour autrui*.

En la tierra de los sobrevivientes e *infravivientes* los seres de las creencias firmes escritas en el viento no entienden aún en qué medida *hacen* lo que les *pasa*, ni de qué modo el *nosotros* repleto de *ellos* que constituyen se continúa en el tiempo. Pobres, ¿cómo lo sabrían? Si de la conversación que han venido sosteniendo consigo mismos no han obtenido más que un puñado de cristales rotos y un rastro desigual de palabras. Palabras a las cuales no saben si crucificar a orillas de un mar muerto o mejor abandonar a la suerte de un bajel a la deriva que no encuentre jamás tierra a la cual amar mientras dure la ceguera y el enojo de unos dioses que sabemos que no existen.